Qué costumbre tan salvaje
Jaime Sabines
(1926-1999)

¡Qué costumbre tan salvaje esta de enterrar a los muertos!, ¡de matarlos, de aniquilarlos, de borrarlos de la tierra! Es tratarlos alevosamente, es negarles la posibilidad de revivir.

muertos, ventilada, limpia, con música y con agua corriente. Lo menos dos o tres, cada día, se levantarían a vivir.

Los amorosos

Los amorosos callan.
El amor es
el silencio más fino,
el más tembloroso,
el más insoportable.
Los amorosos buscan,
los amorosos son
los que abandonan,
son los que cambian,
los que olvidan.
Su corazón les dice que
nunca han de encontrar,
no encuentran, buscan.

Tienen serpientes
en lugar de brazos.
Las venas del cuello
se les hinchan
también como
serpientes para
asfixiarlos.
Los amorosos
no pueden dormir
porque si se duermen
se los comen
los gusanos.
En la oscuridad
abren los ojos
y les cae en ellos
el espanto.

Encuentran alacranes
bajo la sábana
y su cama flota
como sobre un lago.
Los amorosos
son locos, sólo locos,
sin Dios y sin diablo.
Los amorosos
salen de sus cuevas
temblorosos,
hambrientos,
a cazar fantasmas.
Se ríen de las gentes
que lo saben todo,
de las que aman
a perpetuidad,
verídicamente,

con la mano en el sexo,
complacidas,
a arroyos
de agua tierna
y a cocinas.
Los amorosos se ponen
a cantar entre labios
una canción
no aprendida,
y se van llorando,
llorando,
la hermosa vida.

Qué putas puedo

¿Qué putas puedo
hacer con mi rodilla,
con mi pierna
tan larga y tan flaca,
con mis brazos,
con mi lengua,
con mis flacos ojos?
¿Qué puedo hacer
en este remolino
de imbéciles
de buena voluntad?
¿Qué puedo
con inteligentes
podridos

Impreso en Bogotá

Yo siempre estoy esperando a que los muertos se levanten, que rompan el ataúd y digan alegremente: ¿por qué lloras?

Por eso me sobrecoge el entierro. Aseguran las tapas de la caja, la introducen, le ponen lajas encima, y luego tierra, tras, tras, tras, paletada tras paletada, terrones, polvo, piedras, apisonando, amacizando, ahí te quedas, de aquí ya no sales.

Me dan risa, luego, las coronas, las flores, el llanto, los besos derramados. Es una burla: ¿para qué lo enterraron?, ¿por qué no lo dejaron fuera hasta secarse, hasta que nos hablaran sus huesos de su muerte? ¿O por qué no quemarlo, o darlo a los animales, o tirarlo a un río?

Había de tener una casa de reposo para los

Los amorosos
andan como locos
porque están solos,
solos, solos,
entregándose,
dándose a cada rato,
llorando porque
no salvan al amor.
Les preocupa el amor.
Los amorosos
viven al día, no pueden
hacer más, no saben.
Siempre se están yendo,
siempre,
hacia alguna parte.
Esperan,

no esperan nada,
pero esperan.
Saben que nunca han
de encontrar.
El amor es la prórroga
perpetua,
siempre
el paso siguiente,
el otro, el otro.
Los amorosos son
los insaciables,
los que siempre
—¡que bueno!—
han de estar solos.
Los amorosos son
la hidra del cuento.

de las que creen
en el amor
como una lámpara
de inagotable aceite.
Los amorosos juegan
a coger el agua,
a tatuar el humo,
a no irse.
Juegan el largo,
el triste juego del amor.
Nadie ha de resignarse.
Dicen que nadie
ha de resignarse.
Los amorosos
se avergüenzan de toda
conformación.

Vacíos, pero vacíos
de una a otra costilla,
la muerte
les fermenta
detrás de los ojos,
y ellos
caminan, lloran
hasta la madrugada
en que trenes y gallos
se despiden
dolorosamente.
Les llega a veces
un olor
a tierra recién nacida,
a mujeres
que duermen

y con dulces niñas
que no quieren hombre
sino poesía?
¿Qué puedo
entre los poetas
uniformados
por la academia
o por el comunismo?
¿Qué, entre vendedores
o políticos
o pastores de almas?
¿Qué putas puedo hacer,
Tarumba,
si no soy santo,
ni héroe, ni bandido,

ni adorador del arte,
ni boticario,
ni rebelde?
¿Qué puedo hacer
si puedo hacerlo todo
y no tengo ganas
sino de mirar y mirar?